

# EL ACENTO

En esta sección desarrollaremos el tema de portada:

## Lucía de Medrano. ¿Quién fue realmente?

### LA VIDA DEL ESTUDIANTE DE SALAMANCA EN EL SIGLO DE ORO

Pocos datos históricos conservamos de la figura de Lucía (realmente Luisa) de Medrano, la mujer que da nombre a nuestro instituto y de cuya biografía resalta el hecho de haber sido una de las primeras mujeres estudiantes de la Universidad de Salamanca, allá por el siglo XVI:

Dejando de lado las dificultades que debió de sortear siendo única mujer entre tantos varones, vamos a intentar explicar cómo debieron de ser aquellos años universitarios para Luisa, es decir, cómo era la vida de los estudiantes en la Salamanca del Siglo de Oro:

Hasta el s. XV, la Universidad de Salamanca no contó con edificios propios. Las clases se desarrollaban en el claustro de la catedral vieja, iglesia de San Benito y algunas casas alquiladas al cabildo. Se construyeron, así, nuevos edificios para impartir la docencia:

- El Colegio Mayor San Bartolomé (primer edificio universitario/ actual Anaya)
- El Hospital de Estudio (actual Rectorado)
- Las Escuelas Menores (donde se impartían los estudios previos a la entrada en la universidad)

- Las Escuelas Mayores (actualmente conocido como edificio histórico)

Durante el Siglo de Oro, además de en estos edificios universitarios, se daba clase en los colegios mayores y menores y en los conventos de las órdenes religiosas.

Los Colegios Mayores, fundados inicialmente para acoger estudiantes con escasos medios económicos, terminaron por convertirse en reductos oligárquicos que, incluso, llegaron a establecer estatutos de limpieza de sangre. Entonces, a su vez, se construyeron hospederías para los pobres.



Otros estudiantes se adscribían a conventos y el resto vivía en casas particulares, a veces en régimen de pupilaje. Los estudiantes pobres se alimentaban a menudo de la sopa boba, que daban en los conventos: era una

sopa alimenticia, pero sin sabor gustoso, de ahí el nombre. Eran conocidos como «sopistas». Muchos acudían al mercado en busca de los pulmones (chofes o bofes) de las reses porque eran baratos. A éstos se les llamaba “chofistas”

Los estudiantes, como hemos dicho, acudían a clase ataviados con traje talar (hasta los talones) y birrete. En general, se trataba de que, dada la influencia eclesiástica en la universidad, los escolares vistieran con ropas sobrias y austeras. También era un modo de identificar al colectivo.

El color del hábito reconocía además el colegio mayor o menor al que pertenecían y les hacía ganarse un apodo: los verdes, los colorados, los lindos... Sobre la sotana llevaban la “loba”, que era una especie de toga como la de los jueces y, sobre ésta, el manto o capa. Como, para muchos, las necesidades eran grandes, y vivían de la caridad ajena, al ir vestidos con gorra y capa los identificaban como “gorrones” o “capigorrones”.

Cuando se obtenía el título de licenciado, el bonete o birrete se decoraba con un borlón del color correspondiente a los estudios realizados (rojo, derecho; amarillo, medicina...). Al doctorarse, se añadían flecos al borlón. Cruzada sobre el pecho, llevaban una banda de paño, la beca, con el color y el escudo del colegio mayor o menor al que pertenecían.

Los profesores, por su parte, llevaban una capita corta también del color de los estudios que impartían: la muceta.

Los estudiantes, cuando llegaban nuevos a la universidad, se presentaban ya ataviados con la loba y el manto delante del maestrescuela, que les daba un boleto confirmándolo. Sin este requisito no se les permitía matricularse. Debían además satisfacer las

tasas, jurar lealtad al rector y procurarse el alojamiento. Se tomaba su nombre y alguna característica peculiar como lunares, cicatrices, forma de la nariz o las orejas. Después venía el juramento al rector, cuyo mandato era vinculante so pena de excomunión.

Las clases comenzaban el 19 de octubre, San Lucas. La ciudad entonces multiplicaba su población, pues detrás de los estudiantes venían arrieros, comerciantes, libreros... y mozas de vida alegre. Así rezaba el dicho: “A Salamanca, putas, que viene San Lucas”



Con los estudiantes llegaba también un incremento de los altercados en la ciudad: disputas por juego, disturbios por honor o por embriaguez, violación de alguna muchacha... Como la mayoría de ellos se producían por la noche, el maestrescuela imponía el toque de queda entre los escolares. No obstante, éste era burlado por muchos que, haciendo cuerdas con las sábanas de las camas, se descolgaban por las ventanas de los colegios y se iban a las tabernas y a los prostíbulos.

En cuanto al alojamiento, los estudiantes más ricos se alojaban junto con sus criados (que también estudiaban en la universidad y, en ocasiones, eran más listos que los amos) en cualquiera de los colegios mayores o me-

nores. Otra alternativa para los menos pudientes eran las casas de alquiler, compartidas con otros estudiantes. A éstos se les llamaba “camaradas” porque dormían dos en la misma cama. De ahí el dicho “tener media con limpio”, porque se tenía derecho a media cama compartida con otro estudiante limpio.

Y la tercera alternativa, y la más fecunda en picarescas y burlas, era el pupilaje. Sólo los bachilleres titulados tenían derecho a admitir pupilos en alojamiento y pensión alimenticia. Las autoridades universitarias revisaban periódicamente el acomodo, pero los pupilos solían quejarse de mucho frío y escaso alimento. Sus anfitriones, como contrapartida, los acusaban de sisar y burlar el toque de queda nocturno.

Los estudiantes eran jóvenes y vivían alegremente. Les encantaba hacer travesuras y burlas, por ejemplo la que consistía en armar en una calle oscura un gran alboroto, simulando una refriega violenta, esperar a los alguaciles y, a su paso, dos estudiantes ocultos tensaban una cuerda previamente tendida de lado a lado de la calle.



Pero las picardías más grandes de la tradición universitaria eran las novatadas. Los nuevos estudiantes (también llamados nevados, novatos, pardillos, crasos, albillos...) se distinguían fácilmente por su traje impecable

y sus ademanes, y eran el blanco de las burlas de los veteranos. El maestrescuela prefería no intervenir en dichas novatadas, pues se fomentaban aún más la algarabía y los disturbios y, además, solían decir “Antiqui mores serventur”. (Servir las costumbres de los antepasados)

Algunas de estas novatadas eran:

**Meter en rueda:** rodear al novato, zarandearlo y golpearlo con libros y cartapacios.

**Matraca:** Burla de palabra, en la que se proferían todo tipo de insultos hacia el novato y su familia.

**Patente:** Contribución que los nuevos debían pagar a los estudiantes veteranos. Una variante de este canon era la incautación de libros, gorras, capas y cualquier objeto susceptible de ser rescatado a cambio de dinero o golosinas. Había estudiantes que se mantenían gracias al cobro de estas patentes.

**Garrote:** Ataque que sufría el novato para sustraerle parte de su dinero. Unido a la patente causaba grandes penurias entre muchos estudiantes.

**Obispillos:** Se disfrazaba a los novatos con mitras y ropajes de obispo y se les paseaba para hacer burla de ellos. Solía hacerse en San Nicolás.

**Nevados:** Se lanzaba sobre los novatos una lluvia de salivazos hasta dejarlos cubiertos de un repugnante manto blanco.

En general, se dedicaban a estropear sus pertenencias: arrancar las tapas de los libros, pisotear los sombreros, ensuciar los trajes...

El cénit de las novatadas se producía por San Antón, cuando los nuevos eran manteados, repelados, corridos y sometidos a todo

tipo de vejaciones. “En San Antón los crasos al pilón”

Los nuevos “antiguaban” al cabo de un año, aunque en los colegios el periodo podía ser mayor. Estaba regulado por sus constituciones. Después, se establecía un rito de bienvenida que ponía fin a las penalidades del iniciado



En los colegios todo ello era amenizado por el “bobo”, un discapacitado al que estaban obligados a acoger, que solía tocar algún instrumento musical y que está en el origen de la actual tuna.

Aunque también pueden serlo los recorridos picarescos por las calles de la ciudad haciendo parada bajo la ventana de alguna muchacha bonita para darle matraca (instrumento compuesto de dos tablas, heredado de los moros), ya que estaban prohibidos los sonidos metálicos semejantes al toque de

campanas que precedían al Santísimo cuando iban a darle el viático a algún enfermo.

Y para que supiera quién le daba la serenata, uno de ellos “levantaba el gallo”, nombrándolo en voz alta. La pretensión, no siempre conseguida, era que la muchacha saliera a la ventana y les ofreciera una botella de vino o alguna cosilla para comer.

El funcionamiento interno de la universidad era, en apariencia, profundamente democrático. Las cátedras se obtenían por oposición pública, en la que el auditorio aplaudía o abucheaba a los candidatos, que llegaban incluso a enzarzarse en reyertas con sus contrincantes. En la decisión participaban también representantes de los estudiantes elegidos a tal efecto, pero estas elecciones no eran todo lo limpias que deberían, pues amén de los posibles “pucherazos”, muchos estudiantes pobres vendían su voto por un puñado de bellotas

Entre todo este desbarajuste, los había que se dedicaban a estudiar. Las aulas eran extremadamente frías, lo cual se combatía con braseros, ropa gruesa y un cuartillo reglamentario de vino.

La universidad otorgaba tres grados: bachiller, licenciado y doctor. Sólo para este último se exigía pasar un examen, en el resto los saberes se acreditaban únicamente con la asistencia al curso. Muy pocos estudiantes llegaban a conseguir el grado máximo o de Doctor. La mayoría se conformaba con el de Bachiller o de Licenciado, sobre todo por la costosa celebración que requería dicho título.

Siempre de acuerdo a un estricto ceremonial, el maestrescuela convocaba al estudiante veinticuatro horas antes del comienzo de la prueba a la capilla de Santa Bárbara del claustro de la catedral vieja, donde se procedía a la elección del tema sobre el que iba

a versar su examen. Esto se hacía mediante el método del pique, introduciendo al azar una navaja entre las hojas del libro de texto (el mamotreto). Una vez hecho esto, el doctorando velaba los libros durante toda la noche encerrado en la capilla, a la luz de los velones, sentado en un sitial de cuero y con los pies reposando sobre el sepulcro del obispo Lucero. Un bedel espiaba por la cerradura para prevenir cualquier acción anti-reglamentaria. A la mañana siguiente entraba el tribunal, así como cualquier otro doctor que quisiera intervenir, y se sentaba en los bancos de alrededor. Las discusiones eran enconadas, pues se trataba de poner en aprietos al doctorando. El examen podía durar hasta cinco horas.

Al final se producía otro ritual. Cada miembro del tribunal introducía una bola en una bolsa de tela. Si ésta era dorada, significaba que el aspirante debía aprobar. Si era negra, que estaba suspenso. Tras el recuento de bolas, si el estudiante era reprobado, salía por la puerta de los carros donde lo esperaba la turba para abuchearlo, tirarle tomates, man-tearlo y otras picardías.

Obtenido el doctorado, empezaba la costosísima celebración. El doctorando (que en algunas épocas venía obligado a invitar al claustro a un pantagruélico banquete y a patrocinar festejos públicos que a veces incluían corridas de toros) regalaba unos pastelillos a los miembros del tribunal y sus compañeros, con la sangre de esos toros mezclada con pimentón almagre y barniz pintaban un vitor en cualquier fachada en la que encontrasen un hueco para que ese día fuese recordado.

En ocasiones, varios estudiantes decidían doctorarse juntos para compartir los costes de las celebraciones, mientras que otros elegían el momento de la muerte de algún



familiar para aprovechar el luto y estar exentos de festejos.

En la Universidad de Salamanca han tenido lugar muchos acontecimientos importantes a lo largo de los

siglos. Si nos centramos en el Siglo de Oro, las aulas universitarias se convirtieron en espléndido foco humanista y literario.

Así mismo, bien en calidad de alumnos o de profesores, numerosos personajes ilustres han poblado estas aulas a lo largo del tiempo y cabe destacar, entre ellos, a las primeras alumnas universitarias del mundo.

Es un hecho constatado que, a finales del siglo XVI, acudieron a estas aulas Beatriz Galindo, “la Latina” y Lucía (Luisa) de Medrano, quien también se convertiría, según los datos que nos han llegado que, como veremos más adelante, no cuentan con documentación histórica que los avale, en la primera mujer que dio clase en la universidad, sustituyendo a Nebrija.

Pero estas disquisiciones sobre la verdadera identidad histórica de la mujer cuyo nombre lleva nuestro centro será objeto de atención en otro artículo de esta revista.



**Ana Cerezo**

## LA REALIDAD DEL MITO

Damos aquí cuenta del estudio sobre la figura histórica de Luisa de Medrano, llevado a cabo por el catedrático de Filosofía **Juan José Mateos**, que, junto a la profesora titular de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea en la USAL, **Ana María Carabias Torres**, dio una conferencia acerca de dicha investigación, con motivo de la Semana Cultural del instituto.

Esto es, en suma, lo que nos contaron:

Ha sido tanto el tiempo que el conocimiento ha estado vetado a la mujer, que hay una cierta avidez por encontrar alguna que haya sido capaz de saltarse las limitaciones de su época y llegar a un punto donde ni siquiera pudiera llegar más que un mínimo puñado de varones. Así, el nombre de Lucía de Medrano, después se supo que se llamaba Luisa, ha venido siempre asociado al dato de que, junto a Beatriz Galindo, fue una de las primeras mujeres en la Universidad y, más aún, que resultó ser la primera catedrática en Salamanca, sustituyendo nada menos que a Nebrija.

Sin embargo, existe una gran polémica de hasta dónde llegó su logro. Las pocas referencias que hay sobre ella de sus contemporáneos son un estímulo para lanzar las hipótesis más audaces, hipótesis que no pueden ser, en absoluto, probadas.

El verdadero nombre de Lucía de Medrano fue, en realidad, Luisa de Medrano Bravo de Lagunas Cienfuegos y se trató de una figura singular y excepcional en muchos sentidos que merece ser estudiada a fondo.

Las noticias sobre ella aparecen a lo largo de la Historia, una y otra vez, copiadas de dos fuentes principales: un apunte de *Pedro de Torres*, escolar y rector salmantino, y de



*Lucio Marineo Sículo*, humanista siciliano que tuvo gran influencia en nuestro Renacimiento, y que nos dejó una noticia de Luisa en su *Cosas memorables de España*, tanto en la edición latina como en la castellana de 1530, y en una *Carta* dirigida a la misma Luisa.

Sin embargo, fue una estudiosa alemana, Therese Oettel, la que en 1935 hizo una



aportación importante a las investigaciones con un trabajo sólido que puso sobre la pista del entorno familiar y cultural de Luisa. Muchos investigadores partieron de este estudio y, en ocasiones, lo reinterpretaron y tergiversaron.

Del trabajo de Oettel, se desprende, sin ninguna duda, que Luisa de Medrano existió y que, al menos, participó en algún momento en la vida universitaria. Sin embargo, seguramente nunca fue catedrática titular en la Universidad de Salamanca y posiblemente ni en sustitución, ya que su nombre no aparece en las actas ni hay más rastro de él en la Universidad que las fuentes señaladas.

Otra autora posterior, Vicenta M<sup>a</sup> Márquez de la Plata y Ferrándiz publicó en 2005 la obra titulada *Mujeres renacentistas en la corte de Isabel la Católica*. Allí se hacía refe-

rencia a una anotación de Pedro Torres que aludía a la estancia de Luisa en la Universidad de Salamanca, y que decía textualmente: A.D. 1508 die 16 Novembris hora 3 legit filia Medrano in Catedra **Canonum** (El día 16 de noviembre de 1508, a la Tercia hora, lee la hija (muchacha) de Medrano en la Cátedra de Cánones)

Sin embargo Vicenta Márquez citaba del siguiente modo: A.D. 1508 die 16 Novembris hora tertia legit filia Medrano in Catedra **Canonum**., Nebrija definía Canonum como “cosa que mucho suena, ò resuena” y, precisamente, Vicenta Márquez sacó la conclusión de que Luisa de Medrano impartió (que no “leyó”) clases de Derecho Canónico, en la Cátedra **Canonum**, es decir, si hacemos caso a la cita literal, el Derecho Canónico se daba en la Cátedra de Canto...

Vicenta M<sup>a</sup> Márquez atestiguaba la valía personal de Luisa y el apoyo de los reyes a su familia y, como convergencia de ambos factores, la posibilidad de que llegara a catedrática. Así afirmaba que, tal y como era probado que su hermano Luis alcanzó el grado de Rector, asimismo, las influencias de su familia posibilitaron que “*Luisa de Medrano de Bravo de Lagunas de Cienfuegos pudiera llegar a la dignidad de catedrática en la Universidad de Salamanca*” p.360.

Sin embargo, la propia Oettel no llegó a confirmar este hecho, dejándolo en duda, y admitiendo la probabilidad de que la joven “*no ocupara una cátedra en propiedad, sino más bien una cátedra extraordinaria, habiendo sido quizá sustituta del catedrático*” p. 340.

Lo cierto es que la esperanza de encontrar a la heroína cuya valía fuera capaz de reventar el sistema era demasiado tentadora y de ahí la ilusión de Lucía de Medrano como la primera mujer que obtuvo una cátedra en

una Universidad o que sustituyó a un catedrático.

Hay que señalar que, en cualquier caso, no pudo sustituir en ningún momento a Nebrija porque su cátedra era de *Prima* y ella leyó a *Tertia*. Y, además, tened en cuenta que el término *Cátedra* no significaba exactamente lo mismo que se entiende ahora. En el sentido propio, era la silla elevada desde la que se leían las clases. Y por tanto, catedrático sería cualquiera que, en el aula de la Universidad, impartiera una lección: *sentara cátedra*.

Lucio Marineo Sículo dejó la siguiente cita sobre Luisa: “*en Salamanca conocimos a Lucía Medrana, doncella eloquentíssima. A la cual oymos no solamente hablando como orador, mas también leyendo y declarando en el estudio de Salamanca libros latinos públicamente*”. Esto nos hace deducir que lo que Luisa hacía en el aula de Cánones no era impartir clases, sino leer a los clásicos, realizando lecturas públicas, necesarias tal vez para obtener el título de Bachiller: tal y como estaba estipulado en la época.

Igualmente deducimos que la fama de Lucía no fue tan notoria como la que da a entender el propio Lucio Marineo y que el conocimiento personal que tuvo de ella no fue más que muy superficial, a pesar de la epístola que le dirigió, pues de otro modo, habría tenido tiempo para poder deshacer el error de su nombre. Y si Lucio Marineo confundió su nombre, Pedro de Torres ni siquiera lo escribió. De él nos queda el escueto apunte que se refiere a ella con un “*filia Medrano*”.

De la confusión en el nombre de Luisa se puede, sin embargo, llegar a algunas conclusiones: Luisa ejerció algún tipo de docen-

cia por un tiempo incierto. Esta docencia causó admiración por sus cualidades personales, posiblemente su brillantez y, tal vez, su condición física: mujer y joven. Estas cualidades dieron transcendencia a su persona, al punto de que llegó a oídos de Marineo su nombre antes de conocerla personalmente, pero, y esto es importante, trascendió fundamentalmente su apellido, Medrano, y cayó en confusión su nombre de pila.

No en vano, la familia Medrano tenía una larga trayectoria de nobleza, y habiendo muerto en batalla en 1487 el padre de Luisa, Diego López de Medrano, esta junto a su madre y hermanos fue protegida por los reyes y, tal vez, debiera su estancia en la Universidad al apoyo real.



La imagen final que surge de la confluencia de las informaciones de quienes la conocieron o estudiaron nos retratan a una joven, culta y con una formación muy superior incluso a la de los varones más preparados, dominando a los clásicos y haciendo unas lecturas públicas en la Universidad de Salamanca. Asimismo puede concluirse que no llegó a tener cátedra y que, todo lo más, hizo una sustitución por un tiempo incierto.

**Ana Cerezo**

## EL PERSONAJE DE FICCIÓN: LA CATEDRÁTICA

**María López Villarquide** (1982) es doctora en Documentación y Análisis Cinematográfico y licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. **La Catedrática** es su ópera prima y, últimamente, ha publicado otra novela titulada *La juglaresa*. Sus novelas pertenecen al género histórico y desentierran del olvido a mujeres que tuvieron una vida atípica y llamaron la atención por sus logros a pesar de la época en la que vivieron.



*La catedrática* es una novela de María López Villarquide que recrea literariamente el personaje histórico de Lucía de Medrano. La trama de la novela es la siguiente:

Cuando era muy pequeña, Luisa de Medrano, de familia noble y huérfana de padre, empezó a estudiar con un profesor que se llamaba Pedro de la Rhúa. Este percibió enseguida que se trataba de una niña muy inteligente, la que más destacaba entre sus numerosos hermanos. Siempre mostraba gran interés por aprender. Por eso, la reina Isabel la Católica quiso que se educara con sus hijas en la corte.

Ya de jovencita, Luisa conoció en la corte al impresor de *La Celestina*, Fadrique de Basilea y, posteriormente, a su autor, Fernando de Rojas. El impresor tenía una hija que se llamaba Isabel y Luisa se hizo muy amiga de ella.

Gracias al apoyo de la reina, Luisa pudo ir a estudiar a la Universidad de Salamanca. A los estudiantes, les parecía raro ver a una mujer estudiar, pero a ella no le importaba que la miraran. Estudió gramática.

En esa época llegó la peste y Fernando de Rojas, que vivía también en Salamanca, invitó a Luisa a su casa en un pueblo cercano hasta que esta terminase y se pudiera salir sin miedo a contagiarse.

Debido a esta convivencia, Luisa se enamoró de Fernando y tuvieron una relación. Fernando era mujeriego y Luisa sabía que, entre otras, había tenido como amante a su amiga Isabel. Pero no pudo evitarlo. Al enterarse Dorotea, el ama que cuidaba de Luisa, al principio se enfadó, pero luego la apoyó en ello.

Luisa tenía un hermano menor, también llamado Luis, que, unos años después, acudió igualmente a estudiar a la Universidad de Salamanca. Por aquel entonces, Luisa estaba empeñada en conseguir la plaza de Antonio de Nebrija para llegar a ser catedrática.

Después de un tiempo, Fernando le escribió a Luisa una carta diciéndole que la abandonaba y ella se dio cuenta de que no la había querido.

Cuando ya era catedrática, un alumno suyo de nombre Marcelo la avisó de que las intenciones de Luis Vives eran las de apartarla de la cátedra porque era una mujer. Era cierto. Su hermano Luis, que había logrado ser Rector, no la defendió por miedo a perder él también su cargo.

Al final, Luisa cayó muy enferma y su madre mandó a buscarla para estar junto a su hija en el final de sus días. Ahí se descubre que Luisa había tenido un hijo con Fernando de Rojas y se lo había cuidado siempre su amiga Isabel.

**Carmen Rodríguez. 1BN2**

# Un instituto octogenario...

## 80 AÑOS DEL LUCÍA

El instituto Lucía de Medrano, aunque por aquel entonces era conocido como Trilingüe Femenino, se fundó en el curso 1942-43, cuando las alumnas que cursaban sus estudios en el Noviciado de los Jesuitas del Paseo de San Antonio hubieron de buscar una nueva ubicación escolar, al haber ocupado los religiosos sus anteriores dominios con el fin de la Guerra Civil.

En los Jesuitas, habían estudiado simultáneamente chicos y chicas, estas en turno de mañana y aquellos de tarde, por la separación de sexos que el decreto del 23 de septiembre de 1936 (B. O. de la Junta de Defensa Nacional del 25) establecía en la enseñanza de la “zona nacional”, derogando el de coeducación, vigente en la República. El ideal era que, en los Institutos Femeninos, todo el personal, incluso el profesorado, con la única excepción del de Religión, fuese femenino.



De hecho, las mujeres no llevaban ni un siglo incorporadas al sistema educativo superior. El instituto de Salamanca había recibido a su primera y excepcional alumna en el año 1885, fecha a partir de la cual las chicas fueron, poco a poco, incorporándose al Bachille-

rato y, para el año 1942, nutrían un numeroso grupo.

En el Trilingüe, la rama masculina y femenina del instituto fueron definitivamente separadas y se nombró director de esta última a D. Eugenio A. De Asís González, Catedrático numerario de Lengua Latina, al que puede considerarse, por tanto, primer director del Lucía de Medrano.

En este primer curso del “Femenino” de Salamanca, se matricularon 296 alumnas, que acudían regularmente a sus clases sin mezclarse con los muchachos, entraban por puertas distintas y contaban con aulas e instalaciones separadas de las del “Masculino”.

El nombre de Lucía de Medrano lo propuso el Claustro y lo cursó al Ministerio en un oficio con fecha 23 de abril de 1943. La resolución del Ministerio de Educación Nacional, dada por su titular D. José Ibáñez Martín en el B.O. del Ministerio de 31 de Mayo de 1943 decía: **“A propuesta del Claustro del INEM de Salamanca, femenino, este Ministerio ha resuelto que dicho Instituto sea designado con el nombre “Lucía de Medrano”, denominación que estimulará las ansias de superación científica de los alumnos (sic) y contribuirá a la par a destacar esta figura egregia de la filología renacentista española y lumbrera de la Universidad salmantina en el Siglo XV”**

No obstante, el edificio del Trilingüe, que había sufrido recientemente un incendio, acogió al Instituto en condiciones muy precarias. Faltaba de todo: luces, puertas, incluso cristales en las ventanas, que no se repusieron hasta pasado bastante tiempo. Carecía

de calefacción, de servicios y del material más elemental. Pese a todo ello, las clases se iniciaron y allí se estableció el Instituto, donde permaneció veinticinco años.

Desde el principio, las quejas y peticiones dirigidas a las autoridades académicas y administrativas fueron continuas y, finalmente, se pensó en la conveniencia de levantar un edificio de nueva planta



Tras numerosas visitas al alcalde, al gobernador, al rector, al Director General de Enseñanza Media..., se consiguió que el ayuntamiento cediera un terreno en el Barrio de Sallas Pombo. Así, veinticinco años después de su creación, el Trilingüe femenino celebró su primer claustro en la nueva ubicación el 9 de diciembre de 1967, habiendo colaborado en el traslado de mobiliario y enseres los soldados del Regimiento bajo las órdenes del Teniente Coronel de Estado Mayor D. Francisco Bohorque Navas, enviado por el Gobernador Militar.

El nuevo edificio, que sigue albergando el instituto en la actualidad, se inauguró en el año 1968 y, desde entonces, viene ampliándose y reformándose. En el curso 1963-1964 se había ya implantado el Régimen Nocturno, que continúa en funcionamiento a día de hoy. En 1984, además, el Instituto se convirtió en mixto. Y en 1996 comenzaron los Ci-

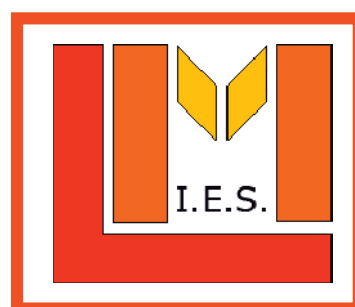
clos Formativos, para los que se edificó un aula anejo.

Actualmente el centro tiene veintinueve aulas, laboratorios de Física, Química y Biología, dos aulas de Dibujo, dos de Tecnología, dos de Música, cinco aulas de Informática, un gimnasio y cafetería. Los Departamentos de cada materia tienen despacho y biblioteca propios, y una biblioteca de centro con más de 5000 volúmenes y revistas.

Contamos además con una amplia Sala de Profesores, despachos para recibir padres y un gran salón de actos con cerca de 300 butacas. Existen además amplios patios en el exterior, que van a ser reformados y “renaturalizados” al final de este curso, y un polideportivo nuevo, que fue construido en el curso 2001-2002, ya que el anterior se hundió el 1 de enero de 1999 como consecuencia de una nevada acaecida en Salamanca; aunque no hubo que lamentar daños personales, el derrumbamiento fue total



**(A partir de lo publicado por el ex director Enrique Valdeón en la web del centro)**



## MEMORIAS DE UN OCHENTÓN (CASI, CASI)

¿Casi qué? ¿Casi memorias o casi ochentón? Ambos a dos. Lo de ochentón es ya -ay- cuestión de meses. Y lo de memorias... El sabio padre Gracián dijo que “más valen quintas esencias que fárragos”. Bueno, vale, de acuerdo. Pero quintaesenciar, o sea, resumir unas memorias en un par de folios es too much, es decir, *demasié*. ¿*Demasié p'al body*? Efectivamente, *demasié p'al body*. Aunque tampoco hay que desfarragar demasiado porque estas líneas no son más que el capítulo 93 de las largas memorias de un ya casi desmemoriado, que tratan de su llegada, por no decir conquista, al Instituto Lucía de Medrano.

Yo llegué al instituto ya docente de colmillo retorcido, con sus rutinas y sus trucos didácticos (para los alumnos manías y chotunas o demencias y malasombras), tras peregrinar por otros centros docentes. Los que ganamos la oposición de cátedras (¡¡error, inmenso error!!), además de indigentes (bueno, como todos los docentes), éramos peregrinantes, comiendo aquí y haciendo el nido en lo de Román, como decía un paisano de unas palomas que comían en los sembrados del quejoso y anidaban en el palomar de otro. Así hasta conseguir, más tarde que temprano, tener un nido fijo sin tener que viajar más que el baúl de la Piquer. (Consejo para los alumnos: Buscar en Google: Concepción Piquer, canzonetista. De nada). Como sugerencia, tampoco estaría mal escribir una tesis sobre las penas y las penurias de los docentes trashumantes, ganado de tiza y *burning*. Es una idea que brindo.

Había comenzado mi “*cursus honorum*” docente dos meses antes de la muerte de Franco, pero, por muchas vueltas que le he dado, no acabo de ver la relación causa-efecto entre las primeras lecciones que im-

partí y la muerte del Dictadorísimo. Pero nunca se sabe, porque sólo Dios conoce las veces de las cosas, o sea, los entramados profundos de la realidad. Shakespeare dijo: “Existen más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, que las que sueñas en tu filosofía”. O sea, que desentrañar la auténtica realidad es casi imposible. Pero creo que el vate de Stratford no estaba pensando al escribir esto en el contencioso entre Franco y yo.

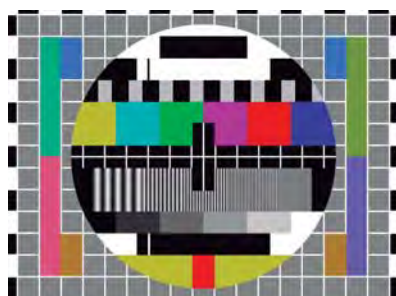


Ya era un experto en cumplimentar la documentación para los concursos de traslado. Casi podía haber puesto una gestoría. Hasta llegué a amenazar al ministerio de la cosa educativa (¿???) con meterle un contencioso-administrativo que hiciera salir humo de las augustas orejas ministeriales. Me hicieron caso. El ministerio culpó a los sindicatos y estos al ministerio del pucherazo de la redacción de los mutables requisitos concursales. Me hicieron caso, pero yo seguía sin lograr ese centro de feliz llegada que era el instituto Lucía de Medrano. Los colmillos se me iban retorciendo, que dije antes.

Primero estuve en un centro cerca de donde los ríos Pozas y Corneja confluyen. En un instituto ubicado en un edificio conceptuado

como provisional que llevaba décadas convertido en definitivo, con unos falsos techos de pladur que el aire movía y entre cuyas placas descolocadas por un airón asomó un día, en plena clase, la pierna de un operario que perdió pie de las vigas con riesgo de aterrizar en el aula. Se sujetó y no cayó. Pero una aparición milagrosa no hubiera causado mayor sobresalto. En aquel edificio, luego menesterosamente ampliado, los aires serenos del invierno castigaban como cuchillos sonoros.

En este centro asistimos al nacimiento de la democracia y a las primeras elecciones, pero también a las primeras cacicadas politiqueras y hubo que limpiar el centro contra las primeras suciedades democráticas. Para mayor comprobación del éxito electoral de alguien, los votos por correo se abrieron de antemano. País. Goya, el genial pintor, pasó temporadas en este lugar donde se celebraban jugosas y cultas tertulias, pero las luces del Siglo de las Luces ya se habían apagado allí.



Pero no todo fue malo, ni mucho menos, en aquel pueblo. Estaban las maravillosas primaveras con

su olor a retama, estaba el enseñar a muchachos rurales en los que percibía gran interés por la cultura, estaban los compañeros que pasaron a amigos para toda la vida, estaban algunas representaciones teatrales exitosas y estuvo una recolección folklórica con los alumnos que abrió perspectivas literarias incluso a este profesor, ahora casi ochentón. Casi.

Y llegó otro concurso de traslados con éxito. Ahora tocaba irse a la “bien cercada” y a

ocupar parte de la cerca porque el centro docente radicaba en un castillo que formaba parte de la mu-



ralla. Era un castillo medieval al que, en el siglo XIX o en el XX, le habían adosado unas prótesis para convertirlo en centro docente. Yo creo que tenía hasta sus fantasmas (y no me refiero a los compañeros de claustro) porque por las noches debían subir por una misteriosa escalera que bajaba hasta un oscuro subsuelo, seguramente las mazmorras. Afortunadamente, no había estudios nocturnos y así no nos cruzábamos con los ensabanados.

Si en el estadio anterior hubo que vivir en casas con servidumbre de alquiler, ahora, aunque en casa apropiada, el cuentakilómetros enfebreció como una brújula loca, con vueltas y vueltas diarias. Pero esos viajes forzados no eran del todo malos: se fomentaba una sabrosa convivencia sobre ruedas donde se solucionaba todo lo divino y lo humano, se solucionaban problemas (ese solucionario que es la amistad) y se lamentaban avatares docentes, bajo un azaroso repertorio de variedades climáticas.

Tras mi suerte por encontrar edificios docentes perversos, creía haber recorrido la mitad de la trayectoria del Don Juan Tenorio. Este a los palacios subió y a las cabañas bajó. Pero yo hasta ahora no había hecho más que bajar a cabañas docentes. Pero llegó la fortuna en forma de un edificio nuevecito, a estrenar, recién salido del horno, hasta con los pujos estéticos de artísticas claraboyas y muros en quiebro en la capilla (con artísticas vidrieras) y en el gimnasio con su luminosidad. Pero este muy pronto presentó condensaciones que mancharon de mohos la blan-

cura de las paredes. Pero era un centro nuevo, flamante, donde dar clase parecía algo más grato y más útil. Y lo fue porque, además, recogí con los alumnos una ubérrima cosecha de literatura tradicional que pronto verá la luz.

Ahora recayeron en mí responsabilidades que me llevaron a lidiar con las autoridades porque la trasera del edificio se convirtió en reducto de actividades poco salubres y porque los jerarcas del ramo no siempre eran modelo de cordura educativa. Incluso hubo que debelar contra algunas fuerzas vivas por privilegios inexistentes que se exigían. Pero, al mismo tiempo, la Educación mostró su cara más luminosa en un intercambio que me permitió vivir la belleza casi milagrosa de Sicilia.

En estos momentos de mi vida docente debí de estar en racha y las autoridades educativas me quisieron teresianamente en Salamanca, como madre fundadora de un nuevo centro. Este destino me dieron con promesa de permanencia. Pero las autoridades son mutables en opiniones y decisiones y, para mantener mi estancia y mi querencia salmantinas, me tuve que convertir en formador de formadores, aunque conviene precisar silogísticamente estos dos conceptos, porque a lo mejor lo que fui fue deformador de deformadores, deformador de formadores o formador de deformadores. Hay opiniones para todos los gustos.

Y, por fin, la clemencia de un concurso de traslados: Salamanca y el centro deseado, el Lucía de Medrano. Dos pájaros de un tiro. Y el oasis, donde conocí nuevos compañeros, me reencontré con otros y, otra vez, como en los anteriores centros, me enriquecí con amigos para toda la vida. Tras mi asendereada vida docente podía gozar de placeres educativos apenas entrevistados, como el de ir dia-

riamente desde casa, *pian piano*, al centro. Aquí podía, por fin, vivir una docencia casi fray-luisiana, una docencia retirada y humilde de profesor ni envidiado ni envidioso, sintiendo pasar los días con visos de utilidad social. Pero, como decía el cuplé, yo no sé qué planeta reinaría el día que nací yo en lo referido a la arquitectura académica. Mis dos primeros centros fueron bastante cochambrosos arquitectónicamente y, recién llegado al Lucía, el techo del gimnasio se hundió, afortunadamente en día no lectivo. ¿Gafe yo? No lo creo. Incuria de jerarcas.

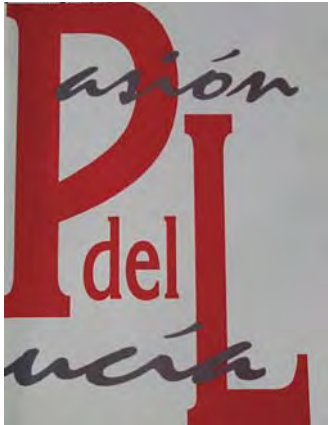
En el Lucía pude vivir sin tentaciones ni cor-tapisas mi vocación docente, que la tuve. Pero junto a la vocación tiene que existir la compensación. Ya lo dice el refrán: “¿Quieres que te siga el can? Dale pan”. Aunque el ministerio responde a los profesores con otro refrán: “Mucho te quiero, perrito, pero, de pan, poquito”. Por este tira y afloja dinerario, el día de mi jubilación, tras los manjares, en vez de unas sentidas palabras, preferí recitar sarcásticamente la letra de una famosa copla: “La bien pagá”, dado que el Estado había comprado “con oro mis carnes morenas” (soy moreno tirando a cetrino) y me las hizo pasar, en ocasiones, morenas si no negras.

Y ahora, puesto a recordar mis singladuras docentes hasta mi llegada al Lucía, puedo decir “berceanamente”: Veinte años profesor, / mudar debí la color. / En el Lucía profesor, / me quedo con esa flor.



**Ricardo López Serrano**

## PASIÓN DEL LUCÍA. UNA EXPOSICIÓN Y DIECISÉIS VOLÚMENES



¡Estamos aquí!... Este sentimiento simbólico, en medio del escaso crédito y la intermitente turbulencia que acompaña la labor docente en su trabajo cotidiano, nos animó a salir a la ciudad

y mostrar en la sala de exposiciones del Palacio de Garcigrande el arte plástico de los profesores de este instituto que mostraron las habilidades con el pincel, el cincel, la cámara o la pluma llenando su ocio de una dimensión creadora que va más allá de la labor docente.

Se celebró del 1 al 11 de septiembre de 1988. Salamanca respondió a esa "Pasión"... mucho público recorrió el espacio Caja Duero disfrutando y elogiando la creatividad y calidad artística de los compañeros que vinieron a "demostrar que los pasillos son más anchos y la luz más alta y la vida más vida.... llenando el tiempo con la palabra inmortal del arte, del siempre. La lección es la mínima unidad creativa" (Texto de la introducción al catálogo).

Alumnos, padres, amigos, políticos y autoridades educativas nos acompañaron en esos días (El programa de fiestas de Salamanca incluía en su programación esta exposición). En la clausura intervino el Director General de Direcciones Provinciales y la sorpresa o la guinda la puso una carta fechada en Madrid el 22 de septiembre en el que la Ministra de Educación D<sup>a</sup> Esperanza Aguirre felicita "a todos los que han participado en esta iniciativa que me consta ha sido un éxito".

Fueron siete los compañeros que llenaron con sus creaciones los dos espacios del Palacio de Garcigrande, aunque fueron muchos los profesores que participaron en el evento:

Luis Albarrán "proyectando sus luces y sombras sobre la pizarra, como el atardecer en Ribadeo".

Carlos Bernal "con su estilo original y propio, donde el expresionismo del dibujo resaltado por la distorsión baconiana de las caras, se combina con un fondo figurativo roto con apéndices de reminiscencias picassianas".

Jesús Casado "su obra abarca desde planteamientos más clásicos (relieves, cabezas, figuras exentas) hasta enfoques totalmente vanguardistas. Son hermosísimas sus esculturas femeninas que dota de gracia y voluptuosidad".

Rosa Carabias "que no pinta de memoria o de recetas al dictado de modas y modo. Pinta lo primero que ve y siente. La pintura de Rosa brota de su experiencia vital resumida en bodegones –naturaleza dentro- y los paisajes –naturaleza fuera-".

José Antonio Sáez "que cuando se adentra en su mundo pictórico y escultórico, plasma la bondad que respiran sus creaciones sua-



vizando amablemente lo doloroso de la pericia vital”.

Vicente Sierra, fotógrafo. Puparelli “ama Salamanca, pero sobre todo ama la belleza; y en este caso belleza y ciudad se miran, se besan, se mezclan hasta confundirse y confundir al entusiasmado espectador”.

Eduardo Polo. “Juventud, autenticidad y creatividad irradian su obra. Utiliza la pintura y la música como sus grandes modos de expresión sincera, a través de los que nos va dejando su huella”.

Y José Manuel Regalado. “Escritor, poeta,...con unos textos convertidos en obras de arte que hacen la delicia de los visitantes por su caligrafía, formato, contenido y diseño”.



El poso y buen sabor que dejó esta muestra precipitó una reunión el 7 de octubre del mismo año, fiesta de la virgen del Rosario, para continuar y llevar el carro de las letras hasta la cima del arte. Miguel Cobaleda, Ricardo López, José Manuel Regalado y yo mismo formamos la comisión para sacar adelante este nuevo proyecto. La financiación estuvo, casi, asegurada por Caja Duero que dado el éxito de la exposición plástica siempre fue generosa con las propuestas presentadas.

El primer libro apareció en junio de 1999, su autor fue Miguel Cobaleda, Siguieron otros quince títulos más de José Manuel Regalado, Josefina Villazán, Ricardo López, Vicente Sierra (de fotografías de Salamanca), Resurrección Garrido, Julio Fuentes, Ángel Costa, Enrique Valdeón, Francisco Hernández y Ángel Toranzo.

Las presentaciones siempre contaron con escritores y personas relevantes del mundo de la cultura. El anuncio de un nuevo libro en la ciudad suponía llenar el salón de Caja Duero o el lugar donde se presentaba el libro como fueron los libros de “Los días azules” en la iglesia de San Cristóbal, antiguo colegio, donde se desarrolla parte de la trama del escrito, o la presentación en Retuerto de un libro sobre costumbres y tradiciones de este pequeño pueblo de la montaña de Riaño en León.

Fueron años de mucho trabajo, compaginados con el quehacer cotidiano y los proyectos Comenius (que empezaron en el curso 1997-98). Luchas por la financiación, poner prioridades y criterios para la publicación, poner a punto un proyecto que ilusionó e hizo que el IES Lucía de Medrano tuviera una repercusión más allá de la lección del aula. Los títulos están agotados, pero el alumno, el profesor, o la persona interesada los puede encontrar en la biblioteca del centro para su lectura y disfrute.

Desde aquí, una vez más, y vengo a repetirme, dar las gracias a toda la comunidad educativa, algunos compañeros ya no están con nosotros, que han hecho posible esta “Pasión del Lucía”.

**Enrique Valdeón  
(Director de “Pasión del Lucía”)**

## ¡YO SOY DEL LUCÍA!

**14 de mayo de 2019.** Estoy en el Departamento de Biología y Geología del IES Gredos de Piedrahita y me dispongo a consultar, sin mucha esperanza, la resolución definitiva del Concurso de Traslados de Profesores de Enseñanza Secundaria. Cuál no será mi sorpresa cuando descubro que me han adjudicado el IES Lucía de Medrano.

Lo que pasa por mi cabeza en esos momentos es difícil de describir. En primer lugar, siento una alegría inmensa, porque, por fin, voy a dejar de viajar todos los días hasta mi lugar de trabajo. En segundo lugar, voy a volver al centro donde cursé el Bachillerato cuando era adolescente y donde, gracias a la estupenda profesora de Biología que me dio clase en 1º de BUP, nació mi interés por la asignatura que ahora os imparto a algunos de vosotros. En tercer lugar, siento cierta tristeza porque voy a tener que despedirme de un centro en el que he trabajado durante catorce cursos de mi carrera profesional.

Pero ahora quiero contaros algunas de las anécdotas que viví como alumna en los años 80 en el que ha vuelto a ser mi instituto, porque, como dice uno de los llaveros que se hicieron con motivo del 75 aniversario del centro, *yo soy del Lucía*.

**Otoño de 1980.** En aquellos años el instituto era femenino, en cada grupo de 1º de BUP (creo recordar que había hasta 7 grupos) había 40 alumnas. La jornada era partida y podíamos llegar a tener hasta tres materias por la tarde. Esto último, como podéis imaginar, resultaba un poco tedioso



(tener clase de Física a las 4 de la tarde, hora de la siesta, no es muy pedagógico). Yo al menos tuve la suerte de que una de esas materias era Biología y la profesora que me la impartía, como antes he señalado, lo hacía muy bien. Dibujaba en la pizarra extraordinariamente y en un periquete te encontrabas con la imagen de un caracol con todos sus aparatos y sistemas, cada uno de ellos en un color diferente. Esto nos venía estupendamente, de hecho, le pedíamos que no lo borrara al terminar, porque la profesora que nos daba clase a continuación empleaba unos 10 minutos en alabar el dibujo y eso nos permitía un descansito (los periodos lectivos por entonces eran de 1 hora).

**24 de febrero de 1981.** Clase de Historia. El día anterior se había producido el asalto al Congreso de los Diputados por un grupo de Guardias Civiles comandados por el teniente coronel Antonio Tejero. Debo decir que prácticamente todas las alumnas del grupo acudimos al instituto, a pesar de que nuestras familias estaban preocupadas por el cariz que habían tomado los acontecimientos. Después del recreo teníamos clase de Historia. Nuestra profesora entró en el aula



con un transistor pegado a su oído (no existían los móviles, ni internet) y nos fue relatando la salida de los golpistas del Congreso. Eso sí que fue vivir la Historia en directo.

**Marzo de 1983.** En aquel curso la materia de Historia se impartía a diario. La profesora era excelente (es la mejor profesora de la asignatura que he tenido, nos hacía pensar, reflexionar, trataba de desarrollar nuestro espíritu crítico). Solo tenía un defecto: no se aprendía nuestros nombres, siempre preguntaba a la “señorita del jersey amarillo “. Así que un día, dos grupos enteros decidimos acudir a clase vestidas de ese color. Ella entró en clase, sonrió levemente y no hizo comentario alguno. Eso sí, el profesorado que impartía docencia a los dos grupos pasó a lo largo de la mañana por las aulas para comprobar con sus propios ojos que todas llevábamos un jersey del mismo color.

**Primavera de 1984.** El Departamento de Lengua y Literatura decidió como libro de lectura obligatoria “Entre visillos” de la escritora salmantina Carmen Martín Gaité, por el que recibió el Premio Nadal. La escritora, antigua alumna del Lucía de Medrano, acudió al centro y en el salón de actos tuvimos la oportunidad de escucharla y de comentar su libro. Ahora es muy frecuente que algún escritor visite el centro. En los 80, no lo era tanto.

**Curso 1999-2000.** Tras unos años de trabajar como becaria de investigación en la Universidad de Salamanca, decidí prepararme para presentarme a las oposiciones de Profesor de Enseñanza Secundaria. Una de las pruebas que debía de superar era una prueba práctica de identificación de distintos grupos de seres vivos. La colección de animales de que disponía nuestro instituto era, por entonces, una de las mejores de Salamanca. La profesora de Biología a la que he citado antes, que daba clases en el Nocturno, me ofreció la posibilidad de pasar por las tardes por el centro para preparar esa parte de la oposición. Gracias a ello conseguí superar con éxito la prueba.

A lo largo de mi etapa como estudiante en el Lucía de Medrano tuve buenos y no tan buenos profesores. De todos aprendí algo. En mi labor docente trato de reproducir, adaptándolo a las características del alumnado actual, aquello que me enseñaron los buenos con su ejemplo e intento no caer en



los errores, que a mi modo de entender, cometían los menos buenos. Espero lograrlo al menos un poquito.

**Pilar Valero Marcos**

## EL OTRO LUCÍA

¡El año del Señor de 1950! Ya ha llovido desde entonces. A pesar del certero juicio de mi querido maestro que le dijo a mis padres que nunca llegaría a ser nada, ellos, pobres al fin, del campo, pero listos como ardillas me llevaron al Instituto Fray Luis de León, gracias a la recomendación -¡ahí es nada!- de nuestro vecino de la Ronda Sancti Spiritus, el señor Ángel, el caramelero del citado Centro, situado en la calle de las Mazas, a un zigzag de la calle Libreros que, en su camino tenía un amplio patio con una fachada inmensa, luminosa, única...

A espaldas de este sagrado lugar del que recuerdo algunos nombres de mis maestros y el mote de todos, estaba la calle Oliva, al borde ya de la Peña Celestina, al hoyo de la Vaguada de la Palma donde vivían los pescadores a los que nosotros imitábamos por la vera del río y volvíamos con alguna culebrilla para terror de las docentes. La calle Oliva aboca a la calle Serranos. A espaldas del Fray Luis (de alumnado masculino) en esa calle estaba el Instituto Nacional de Enseñanza Media (sí, sí) Lucía de Medrano (ni que decir tiene que de alumnado femenino) en el que enseñaban por entonces Don Secundino, Don Evelio, Jefe de Estudios, que murió en acto de servicio en una excursión a Sevilla, don Evaristo Correa Calderón que le escribía cartas al humorista Mingote porque en sus chistes pintaba orondas señoras del brazo de hombrecillos a los que le gritaban en cualquier circunstancia:

- ¡Ten cuidado, Evaristo!

O el famoso filósofo Gustavo Bueno.

Pero el más brioso de los profesores del Lucía era don Luis Flores, sacerdote que calzaba unas botitas, se tocaba con lanuda teja y revolvía al codo un manteo asedado y



además era de Macotera, como mi preceptor citado al comienzo de esta venerable y sacra historia. Él se preocupaba de que las alumnas del Lucía, femenino hasta la llegada de Don Enrique Valdeón (ja, ja), accedieran hacia la Casa de las Conchas por la calle Serranos que confluía con Libreros en la entonces parada de autobuses mal llamada de San Isidro. Si alguna traviesa se aventuraba por la calle Traviesa lo pagaría caro si era descubierta...

Un conserje del Fray Luis con uniforme azul oscuro y botones dorados y sobrenombre tenoriesco, hacía lo mismo (con menos furor, claro) por la calle de Libreros.

Aunque se intentaron cambios de horario, el despliegue de varios batallones de gendarmes, avisos contundentes a los padres, regañinas públicas y arengas al ejército de féminas, la conjunción callejera frente al muro de la Clerecía era deliciosa y más aún, si había suerte, y en algún portal las mozas decidían subirse un poquito la falda para ofrecer con infernal descaro algo de sus pulpos muslos... Yo creo que las víctimas de las

hordas medranescas llevaban entonces uniforme. El testigo de estas afluencias era uno de los mozos de cuerda más típicos de la época, Sítex, Tomasín, que se cruzaba al pecho como banda honorífica las maromillas del trabajo . Cuando era detenido por las fuerzas del orden, la prensa lo calificaba:

- Borracho y blasfemo habitual...

Yo, superviviente de estas batallas, no es poco esquivar a un ujier con sus entorchados o a un capitán de granaderos como Don

Juan Antonio Ruano Ramos, no superé la estancia en el Lucía en el que me jubilé hace años, un montón de años. Ya no estaba en la calle Oliva, ni al borde de la Celestina, pero sí de bracete con el eterno enemigo el Fray Luis...

A ambos Institutos, pues, por lo tanto, siempre, a pesar de todo, habitualmente, con nombre y número, con su gentío dentro, los llevo en el corazón. Y muerte de cruz...

**José Manuel Regalado**

LA LECCIÓN de los VIÑEDOS

**S**i me esperares tú, al borde de los viñedos, en los primeros filas de los viñedos, ahítados con el cristal puro de la uva, en los límites del viñedo que son luz celestial,

5 del vino de la consagración (adulterado por los manos del managuillo y cenizo). "Esta es mi sangre" (fura), ajena al engaño de los sacerdotes donde tanto luce la esoba y los gas precipitados del sacerdote de vidis (vado de la fureza).

10 "Legado a un lugar que llaman 'Amor'". **P**orque el vino es sagrado y el sendero, lección de Salomón: "Aprenderás para la vida, y pronto. Le madrugada es recio como el ferrisco, el hambre es due

20 y las lecciones del barbaño o la besana no están al parecer de la mente sino al abismo oscuro o a su claridad de sima. **P**or eso, si estuvieras y fuéramos ascender al pronto, unidos hacia el primer etargo,

hacia la cumbre de los viñedos de la sangre, **D**ios en lo alto, absorto en la granada. "¿Hay un punto bus de saber más que el diablo".

30 **L**e hoguera ardiente de los viñedos todos. El adobado vino de la inferior bodega.

JOSÉ MANUEL REGALADO  
15-IV-2022

## AYER Y HOY

BUP (Bachillerato Unificado Polivalente), COU (Curso de Orientación Universitaria). ¡Geniales años que pasé en el Lucía!. Tantas diferencias con la actualidad pero la misma esencia, edad en la que somos esponjas aprendiendo, descubrimos tantas cosas, valoramos en gran medida la amistad, pero también la familia.

Ayer escuché de una alumna de 2º Bachillerato, que habló en nombre de sus compañeros en la ceremonia de Graduación, algo que me gustó. Su actitud positiva ante lo que se les presenta, fuera el discurso pesimista de “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Tienen grandes cosas que ofrecer, se están formando para ello y nos lo van a demostrar. Gracias, Lucía.

Agradeció el apoyo de familias y profesores y a mí me hizo recordar mis años de instituto en el Lucía. Entonces, como ahora, llegábamos al centro con ilusiones y salíamos los viernes con ganas de ver a los amigos. Especialmente recuerdo una profesora que marcó mi rumbo profesional. Se llama Josefina Villazán y aún mantengo contacto con ella. Sus clases eran amenas, participativas, geniales...y eso que aún no se hablaba de enfoques comunicativos, mediación etc.



Siempre dije. “¡Quiero hacer esto!”. Además mis estancias en Francia desde niña, país del que me enamoré, me hicieron, creo, más europea, más tolerante, más abierta, francófila y francófona. No sólo ella, también mis otras profesoras de Francés, Natividad y Resurrección, todas entusiastas de lo que enseñaban.

Ayer también entregaron los alumnos premios a los profesores más implicados, mejores comunicadores, más vocacionales etc y eso me hace reflexionar sobre la responsabilidad que tenemos ante generaciones. En palabras actuales somos en cierto modo “influencers”. Debemos dar respuesta, y tengo la suerte de poder hacerlo en este mismo centro que me formó.

Gracias, antiguos profesores del Lucía que me enseñasteis la ilusión de aprender. Gracias, compañeros. Y gracias, alumnos actuales que me motiváis cada día en esta bonita profesión. Tenéis el mundo delante, brillad en lo que decidáis ser.

**María Pilar Manero**

